

El miedo

La nuestra es una comunidad pequeña, en la que la gente se conoce y se saluda. A diario, cientos de personas, la mayoría de ellas mujeres, van en grupos pequeños o a solas a dar paseos por la Redonda o por alguno de los muchos caminos que salen del casco urbano, generalmente al alba o al anochecer. En nuestra pequeña comunidad, de siempre se ha andado por donde se ha querido, de día y de noche, sin un miedo especial a que nadie te hiciera daño. Durante unas cuantas horas, sin embargo, muchos habitantes de Pozoblanco, particularmente mujeres, han tenido miedo.

El miedo es un mecanismo de autodefensa que nos hace evitar los lugares o las situaciones donde existe más peligro. El miedo actúa como el dolor: hay que huir de todo aquello que nos produce dolor, pues el dolor es sólo un aviso contra un mal, y por lo mismo hay que huir de todo aquello que nos produce miedo. Pero si el dolor afecta por sí solo, si ni los cuerpos ni los espíritus pueden vivir en el dolor permanente y bajo la amenaza próxima de una enfermedad incurable, tampoco las comunidades pueden vivir bajo la presión agobiante de un asesino suelto.

Sabemos que en cualquier momento la muerte se puede valer de una enfermedad o un accidente, y que, en todo caso, nuestro cuerpo se consume poco a poco. Odiamos a la muerte porque nos quita lo único que verdaderamente nos es imprescindible, la vida, y porque se lleva a los seres que queremos. Que un mortal como nosotros, quizá vecino, quizá familiar, quizá amigo, se pase al otro lado y sin motivo aparente se convierta en aliado de nuestro mayor enemigo, es algo misterioso e incomprensible, para lo que no estamos preparados, algo verdaderamente aterrador.

Juan Bosco Castilla